26 marzo 2023

Como la serpiente de bronce sobre el asta

Números 21:1-9, Juan 3:1-17

David C. Dixon

Introducción: Vamos a ambientar la primera escena para el mensaje de hoy: ¡los israelitas acaban de dar la espalda a su esclavitud egipcia! Han sido rescatados, liberados... ¡qué sensación de alivio, júbilo, triunfo, por fin! Pero ahora se enfrentan a ese inmenso y abrumador desierto: una área geográfica mencionada en la Biblia hebraica como situada entre Elim y el Monte Sinaí. Las decepciones a las que se enfrentarían en ese desierto serían suficientes para hacerlos querer volver a su esclavitud: sed insoportable, hambre voraz, incomodidades, fracasos morales, falta de fe, expectativas frustradas, toda la gama de estrés emocional y ansiedad. Un episodio parece un clásico caso de síndrome bipolar: un día están abrumados por el miedo cuando son atacados por un rey cananeo, algunos son capturados, estas pérdidas los hunden en la desesperación; claman al Señor, Él les da una victoria dramática, se sienten como reyes; entonces la situación se pone difícil de nuevo caminando fatigosamente por el desierto; desmoralizados, empiezan a quejarse y sufren un aterrador ataque de serpientes.

Mucha gente está enamorada de la nueva serie sobre la vida de Jesús titulada ***Los Elegidos.*** Su presentación muy humana de Jesús y sus discípulos, con un guión creativo, tiene mucho de recomendable. Un episodio de la primera temporada se centraba en la historia de Nicodemo (Jn. 3), pero la escena inicial era sobre Moisés en el momento de hacer la serpiente de bronce para ponerla sobre una asta. Su propósito era que cualquier israelita mordido por una de las serpientes del desierto pudiera ser curado y no morir; pero el asistente de Moisés, Josué, es presentado como un escéptico porque no entiende ni ve la razón detrás de lo que Moisés está haciendo. Esa escena despertó realmente mi curiosidad...

En la segunda escena, el episodio introduce a Nicodemo, llenando el retrato con detalles imaginativos, tal como la serie hace con muchos de los personajes para que no parezcan meras "figuras de madera". Así que Nicodemo es presentado como un fariseo de avanzada edad, un maestro de la ley, pero incapaz de exorcizar los demonios de María Magdalena cuando intentó hacerlo (una adición imaginada a los relatos del Evangelio). Al descubrir que no posee una verdadera autoridad espiritual, Nicodemo reconoce que es un fracasado. Pero cuando Jesús aparece en escena, al principio muy tranquilo y sin llamar la atención, también tiene un encuentro con María que resulta en su asombrosa liberación, y cuando

más tarde ocurren otros milagros que no tienen una explicación sencilla, Nicodemo se muestra ansioso por conocer a este joven rabino que no tiene credenciales oficiales. Cuando logra tener una entrevista (de noche, escondido de las multitudes), Nicodemo escucha esas palabras ahora famosas sobre su **necesidad de nacer de nuevo**, y lucha por entender cómo puede empezar de nuevo y tener un nuevo comienzo cuando ha acumulado tantos años y "equipaje" y se encuentra atrapado en un sistema tradicional que lo ata y determina sus pasos. Lo que me llamó la atención de esa bien conocida conversación entre Jesús y Nicodemo fue la comparación que Jesús hizo, según Jn. 3, entre aquella serpiente levantada por Moisés sobre un asta y **el propio "levantamiento" de Jesús** sobre una cruz.

Así que empecé mi investigación en Nm. 21 (volviendo a la Escena 1), que comienza con la captura de algunos israelitas por un rey cananeo y su desesperada solicitud de liberación, que Dios les proporciona rápidamente al permitirles conseguir una gran victoria. Pero después de esto viene más errar por el desierto, donde los israelitas empiezan a quejarse de Dios y a criticar a Moisés, y eso desemboca en el ataque de las ***"serpientes venenosas"*** (v. 6; hebreo, *nəhashim seraphim* = "serpientes ardientes o mortales"). Yahvé es señalado como el que "envió" las serpientes, aunque yo llamaría a esto el patrón lingüístico hebreo en el que Dios es invocado como la causa última de todo, pero de hecho las Escrituras a menudo toman nota de otros agentes morales obrando en el mundo que se oponen a Su voluntad, y a quienes nos hacemos vulnerables cuando nos negamos a seguir Su liderazgo. Así pues, **no es que Dios deseara** estas serpientes para su pueblo, sino que su rebelión los sacó de debajo de Su mano protectora, y cayeron en uno de los muchos peligros que acechan en el mundo. Es la ley del sembrar y cosechar la que funciona aquí. Pero el punto es que el pueblo está desesperado por encontrar una solución, y lo que Moisés ofrece, siguiendo las órdenes del Señor, parece realmente extraño. La serie ***El Elegido*** muestra a Josué más desesperado por la "solución" que por el problema: ¿qué sentido tenía aquello? No encontraba lógica alguna.

En Nm. 21:8, Dios le dice a Moisés que haga una serpiente (en hebreo, *saraph*) y la ponga sobre una asta. De manera similar, la **profesión médica levanta su vara de Asclepio** con una serpiente enrollada (o un caduceo, la vara de Hermes, con dos serpientes entrelazadas); ambos tienen origen en la mitología griega, y en ambos casos, las serpientes parecen estar vivas. Desde tiempos inmemoriales, los seres humanos han sentido una extraña fascinación por las serpientes, ya que al mudar la piel parecen adquirir una nueva existencia. Así pues, la humanidad las ha relacionado con la sabiduría, el rejuvenecimiento, la fertilidad, la prosperidad y la salud. La costumbre de venerar a la serpiente data al menos del año 3000 a. C., cuando la estrella *Alpha Draconis*, de la constelación de Draco (dragón = serpiente con alas) era la Estrella del Norte, y se creía que ayudaba a determinar el destino humano. Alrededor del 1600 a. C., **los cretenses** adoraban a la diosa Serpiente atribuyéndole propiedades curativas; **los egipcios** también tenían a su diosa Hator (para ellos los reptiles eran un símbolo de sabiduría, protección e inmortalidad; los faraones usaban una representación de la cobra real en sus frentes); **los budistas** rendían homenaje a la cobra, **los babilonios** a la pitón, e incluso los pueblos indígenas de América temían y honraban a diferentes serpientes. Así que esta extraña relación de fascinación y miedo ha existido en muchas culturas a lo largo de la historia, lo que apunta a una experiencia humana antigua común en nuestra memoria colectiva, ciertamente reforzada por el relato de Génesis 3.

Así que los israelitas que fueron atacados por estas serpientes del desierto recibieron instrucciones **de mirar a la serpiente sobre el asta** y serían rescatados de la muerte. ¿Cómo funcionaba eso? El psicólogo John Powell, en *¿Por qué tengo miedo de decirte quién soy?*, escribe sobre *"los miedos paralizantes y la baja autoestima"* que nos incapacitan a la mayoría de nosotros y nos impiden avanzar hacia la madurez y el verdadero amor. Añade: *"Los miedos que experimentamos y el riesgo de una comunicación honesta con uno mismo nos parecen tan intensos que nos escondemos detrás de nuestros roles y máscaras como un reflejo natural, mientras que cuando miramos fijamente a nuestros miedos, encontramos el coraje para superarlos."*

Entonces (volviendo a la Escena 2), Jesús utiliza esta historia para sugerir algo importante sobre su misión de dar vida: ***"Como levantó Moisés la serpiente en el desierto, así también tiene que ser levantado el Hijo del hombre"*** (Jn. 3:14; griego, *hupsóo* = levantar o exaltar). El mismo verbo se utiliza de nuevo en Jn. 8:28: ***"Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, sabréis que yo soy, y que no hago nada por mi propia cuenta..."***; y en Jn. 12:31-33: ***"'El juicio de este mundo ha llegado ya, y el príncipe de este mundo va a ser expulsado. Pero yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos a mí mismo.' Con esto daba Jesús a entender de qué manera iba a morir."*** En ese contexto, estaba claro que todos entendieron que esta palabra hacía referencia a su muerte. Ser "levantado" en la época del Imperio Romano significaba ser "elevado en un poste", es decir, en una cruz romana.

Cuando hice estas conexiones, se me ocurrió algo que nunca había visto antes, ni había escuchado predicar, pero tenía mucho sentido en lo más profundo de mi alma: si Jesús estaba haciendo referencia a su muerte con esta comparación, entonces no deberíamos entender la serpiente de Moisés sobre el asta como aquellos símbolos médicos, ¡mi punto de referencia visual hasta ese momento! De niño, disfrutaba cazando serpientes con mis amigos del vecindario, y cualquier serpiente que capturábamos y matábamos, la paseábamos de igual manera: sosteniéndola en un palo, porque habíamos vencido al enemigo – ¡estaba muerto! Entonces, lo que hacían los israelitas de repente cobró sentido: fijaban la vista sobre una serpiente *muerta*, *vencida*; contemplaban aquello que les causaba tanto miedo y temor, pero ahora lo veían como algo sin poder para destruirlos, y *eso* era lo que los llevaba a la fe para la curación y restauración necesaria. Y, por supuesto, ahora **el paralelismo con la muerte de Jesús era obvia:** cuando miramos con fe al Crucificado, vemos la terrible verdad de nuestro pecado, su efecto esclavizador y mortal en nuestra vida, pero ahora también reconocemos su **impotencia para destruirnos gracias al perdón de Jesús;** nos encontramos rescatados del "mordisco mortal" de la antigua "Serpiente" (porque *todos* hemos recibido ese mordisco y estamos muriendo hasta que miramos con fe a Jesucristo). Así pues, este es un gran *contraste* con la serpiente en la vara de Asclepio, que se representa como viva (al igual que las dos serpientes en el caduceo de Hermes). ¡*No es en absoluto el mismo* simbolismo!

Porque hay otro paralelismo aquí que no debería pasar desapercibido: es precisamente cuando Jesús es levantado *en la cruz* que da el *golpe final* al enemigo que nos inoculó su veneno; ¡*y es allí* donde la serpiente (la que nos hizo tropezar en el Edén) pierde la batalla definitiva! Bajo esas condiciones más favorables para él, fue totalmente incapaz de infligir a Jesús el mordisco fatal, sin poder para someter Su alma al reino de las tinieblas. A menudo pasamos con demasiada ligereza sobre lo que estaba pasando en esas horas en las que Jesús colgaba de la cruz, y por tanto no reconocemos la enorme batalla que Él estaba

librando allí por nosotros: negándose a someterse a esas potestades y poderes de las tinieblas, rechazando todas sus tentaciones (como inclinarse a la amargura, el resentimiento, la autocompasión o la venganza), estaba ocupado **matando al Dragón**, destruyendo a esa antigua serpiente con el Aliento de su boca, para que cuando el cuerpo de Jesús se volviera incapaz de sostener la vida, pudiera entrar en el propio antro del enemigo, el imperio de la muerte (Heb. 2:14-15), pero no como otro revolucionario derrotado, ¡sino como nada menos que el Campeón victorioso reinante! Y allí pasó el *sabbat,* derramando su luz en ese oscuro submundo, declarando su victoria sobre nuestro último enemigo, esperando la mañana del domingo para revelar las verdaderas dimensiones de su triunfo, porque Jesús ya no está en esa tumba, ni está en esa cruz: ¡allí no hay más que una serpiente muerta!

¡Cómo espero y rezo para que puedas entender las implicaciones de esto para tu vida, para nuestro mundo! Los secretos más profundos y oscuros de tu alma ya no tienen el poder de derrotarte –¡en el nombre de Jesús! El peor fracaso, el mayor dolor, la más feroz agonía –nada de esto tiene ninguna razón para esclavizarte en la depresión o el miedo– ¡en el nombre de Jesús! De cualquier modo que el enemigo intente hacerte tropezar –en tus pensamientos, tus circunstancias, o tus relaciones–, no tiene más munición con la que acusarte; todo ha sido perdonado, ¡en el nombre de Jesús! Tu enemigo solo tiene mentiras y engaños –¡así que no le creas! Mira a la cruz y aprende lo que significa *levantar* a Jesús en tu corazón y mente –sobre tu familia, tus penas, pruebas, luchas y circunstancias… ¡y descubre la curación que puede traer a tu vida!